



# Vanguardias combativas y progreso

POR ALFONSO SALINAS M.

Muchas veces la vida parece una mala caricatura. El guión aquí es simple. Por un lado están los malos, inescrupulosos, avaros, explotadores, burdos, sucios. Por el otro, los puros, paladines del bien y la justicia, generosos, llenos de virtudes, inmaculados. Como en los cuentos bíblicos, el bien y el mal libran una batalla apocalíptica para salvar al planeta. Quien se atreve a levantar una duda o matiz cae de inmediato en el lote equivocado, el de los malos.

Reducir la complejidad del mundo a esa lógica maniquea resulta asfixiante. Es absurdo y odioso tener que presentarse con credenciales morales para poder opinar. Hoy existe una tensión profunda, tanto política como filosófica, en torno a estas cuestiones. Vivimos un cambio de época; donde algunos depositan sus esperanzas en la inteligencia artificial y la tecnología, otros buscan una vuelta a lo primitivo, y muchos ya no esperan nada.

En medio de tanta incertidumbre, me inquieta la actitud de quienes se proclaman como portadores de la verdad, adoptando un tono inquisidor hacia quienes se desvían, aunque sea levemente, de su doctrina. Detrás de esa actitud hay una tesis

poderosa. El progreso, se dice, ha sido posible gracias a vanguardias que desafiaron el orden establecido. Sin la lucha de grupos avanzados, no habría habido abolición de la esclavitud, ni derechos laborales, ni igualdad para las mujeres. Es una visión que también recoge las ideas marxistas, donde el conflicto impulsa la historia. En esa lógica, sin la primera línea no habría existido el proceso constituyente, así como sin el FPMR no habría caído la dictadura. Sin activistas ambientales, el mundo ya estaría arrasado. Es la lucha de esos grupos lo que explica el progreso social.

Incluso, reconociendo el valor, la valentía y los sacrificios de muchos de esos movimientos, cabe preguntarse si la historia no responde también a dinámicas más complejas.

La tensión entre izquierda y derecha, entre Estado y mercado, entre lo público y lo privado, parece repetirse sin tregua. Como si fueran equipos rivales más que esfuerzos complementarios por el bienestar común. El ego y la ansiedad de poder nublan todo. Prima Maquiavelo. Desaparece Platón.

Así, amparados en la convicción de estar en lo correcto, los maximalismos terminan siendo un obstáculo antes que una



fuerza que mueve la línea. Lo que pasó con la Constitución es un ejemplo claro, pero también lo que ha ocurrido en la mayoría de las revoluciones, donde un grupo reemplaza a otro sin que necesariamente eso signifique un avance. Piénsese en Cuba, en la URSS, en China.

Esa exageración pendular también se observa en otros ámbitos. En la discusión sobre género, por ejemplo, venimos de siglos de intolerancia brutal hacia la homosexualidad y otras disidencias sexuales. Esa represión generó un movimiento de

apertura y reparación muy necesario, pero hoy, en algunos espacios, esa legítima búsqueda de respeto se ha transformado en una expectativa de hiperaceptación. La complejidad del lenguaje, los códigos y las identidades pueden resultar inabarcables. Lo que comenzó como una lucha por la libertad termina, a veces, como un marco restrictivo. Quien no domina esa gramática sofisticada, aunque tenga buena voluntad, puede ser rápidamente juzgado. Es ahí donde necesitamos una mirada más humilde, más capaz de in-

tegrar que de vigilar.

En los temas ambientales pasa algo parecido. Nadie puede negar el daño que hemos causado. Pero avanzar exige integrar visiones y no quedar atrapados en una lógica de cancelación cruzada. Pasamos de una era de desarrolladores que arrasaban sin asco con tesoros arqueológicos a una burocracia paralizante que detiene proyectos necesarios por hallazgos de dudoso valor. Hemos perdido el viejo criterio del 80/20. Nos enfascamos en el cinco por ciento de los casos más conflictivos y dejamos sin resolver el ochenta por ciento de lo importante.

En la transición energética, el argumento también es sutil. Venimos de un sistema dominado por combustibles fósiles y aspiramos a uno cien por ciento renovable. Pero el camino más sensato sería ir saliendo gradualmente de los más sucios -como el carbón y el diésel- mientras se recurre, de forma transitoria, a opciones menos contaminantes. Sin embargo, al tratar todas por igual, el maximalismo choca contra la realidad. Y eso, en lugar de ayudar, impide avances razonables.

Una visión menos obtusa admitiría que no hay certezas eternas. La flexibilidad no es

traición. Es madurez.

Tal vez conviene pensar desde otro lugar. Más suave. Más ambiguo. Como el movimiento del agua, que no embiste, pero moldea. Una lógica que no se afirma en el choque, sino en la tensión que equilibra opuestos. Donde lo uno no niega lo otro, lo hospeda. Una forma de avanzar sin forzar. Como en el Tao, donde todo es y no es al mismo tiempo. Lo que parece débil, sostiene. Lo que calla, enseña. Lo que cede, transforma. Frente a todo esto, cabe imaginar otra forma de estar en el mundo. Más pacífica. Más humilde. Más dialogante. Una forma menos heroica, pero más eficaz. La beligerancia cierra puertas. Como en una discusión de pareja, cuando se alza la voz y se lanza la descalificación, el efecto suele ser el contrario al buscado. Se descalifica el argumento y también quien lo sostiene. Sospecho que el agotamiento con la política tiene mucho que ver con esto. La gente está cansada de refriegas y quiere soluciones. Frente a problemas complejos, una mirada más abierta, menos obcecada, tiene muchas más probabilidades de avanzar. Quizás es menos heroica, pero es más efectiva. Y quizá también más humana. Vale la pena intentarlo.